

POBRES MAGNATES

THOMAS FRANK

sextopisorealidades



Pobres magnates

THOMAS FRANK

TRADUCCIÓN DE MARÍA TABUYO Y AGUSTÍN LÓPEZ



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida
o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Pity the Billionaire:
The Hard-Times Swindle and the Unlikely Comeback of the Right

Copyright: © 2012 by Thomas Frank
Published by arrangement with Metropolitan Books, a division of
Henry Holt and Company, LLC, New York. All rights reserved

Primera edición: 2013

Imagen de portada
Cerdo en origami con billete de dólar. WON PARK

Traducción
© MARÍA TABUYO Y AGUSTÍN LÓPEZ

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2013
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
c/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN CALLEGO

Formación
GRAFIME

ISBN: 978-84-15601-42-5
Depósito legal: M-30737-2013

Impreso en España

Las imágenes de los hombres pequeños habitualmente surgen
y persisten en gran medida sólo porque los grandes hombres
encuentran un buen uso para ellas.

C. Wright Mills, *White-collar. Las clases medias en norteamérica*

ÍNDICE

Introducción: Señales y maravillas	11
1. Los tiempos finales	23
2. 1929: la secuela	37
3. Mantén la nota y cambia la clave	57
4. El sistema nervioso	75
5. Convertirlo en negocio	91
6. Una máscara para el privilegio	105
7. Mímesis	131
8. Oye, ¿no recuerdas?	149
9. Aquél a quien un sueño ha poseído ya no conoce la duda	173
10. El silencio de los tecnócratas	189
Conclusión: Pisotear al débil	209
Agradecimientos	215
Índice analítico	217
Glosario de los traductores	237
Notas	249

INTRODUCCIÓN SEÑALES Y MARAVILLAS

Este libro es una crónica de un tiempo confuso, un período en el que los estadounidenses se levantaron contra amenazas imaginarias y se unieron a teorías económicas que entendían sólo en los términos más evidentes. Trata de un país en el que los temores a la toma del poder por parte del radicalismo se hicieron epidémicos, aunque los propios radicales hacía ya tiempo que habían dejado de desempeñar papel alguno en la vida nacional; de una tierra en la que las pesadillas ideológicas que mostraban las estrellas de la televisión llegaron a parecer más vívidas y convincentes que los contenidos de las páginas de los periódicos.

Visto desde otra perspectiva, ésta es una crónica de un tiempo milagroso, de otro «Gran Despertar», de un resurgimiento de la predicación de la cruzada de la antigua religión del libre mercado.¹ Es la historia de una rebelión desde la base y de la increíble recuperación del movimiento conservador desde las oscuras profundidades de la derrota. Inevitablemente, se le aplican las palabras «populista» y «revuelta», o la expresión escogida a propósito por Dick Armey, el *magnífico** de Washington, que encabeza una de las principales organizaciones insurgentes: una «verdadera revolución desde abajo».²

Reconozcamos, en efecto, que hay algo de milagroso, algo asombroso, en todo esto. Consideremos los hechos esenciales: ésta es la *cuarta* sublevación conservadora con éxito que se

* En castellano en el original. [N. de los T.]

sucede en el último medio siglo;* cada una de ellas, un bufido más sonoro y con una fanfarronería más populista que la anterior, cada una de ellas situándose más ligeramente a la derecha, y cada una ayudando a componer un capítulo más fascinante en la época histórica que yo llamo «la Gran Reacción», y que otros llaman la «era Reagan» (el historiador Sean Wilentz), la «era de la codicia» (el periodista Jeff Madrick), el «Dominio conservador» (el periodista Godfrey Hodgson), o el «Consenso de Washington» (varios economistas).

Veámoslo de este modo: han pasado más de treinta años desde que la revolución de la oferta conquistó Washington, desde que el *laissez-faire* se convirtió en el dogma de la clase dirigente de la nación, compartido en gran medida tanto por demócratas como por republicanos. Hemos pasado por décadas de desregulación, dessindicación, privatización y acuerdos de libre comercio; el ideal neoliberal se ha proyectado sobre cada rincón de la vida de la nación. Las propias universidades tratan actualmente de situarse con relación al mercado; eso mismo hacen los hospitales, las empresas eléctricas, las iglesias y los museos; también lo hace Correos, la CIA y el ejército de los EE. UU.

Y ahora, después de que todo esto haya sucedido durante décadas, tenemos un levantamiento de la población que pide que nos inclinemos ante el altar del libre mercado. Y esto sólo poco después de que los sumos sacerdotes de esa misma cosmología llevaran al mundo a la mayor catástrofe económica que se recuerda. «Asombroso» es la palabra adecuada. «Inverosímil» también lo sería. «Absurdo» sería aún más justo.

En 2008, el sistema financiero del país sufrió un colapso épico, que en gran parte era el resultado —como casi todos los

* La primera fue la violenta reacción original de la época de la guerra del Vietnam, que culminó en la elección de Richard Nixon. La segunda, las rebeliones contra los impuestos y los conflictos entre conservadores y progresistas de los setenta, que llegaron a su punto culminante con la revolución de Reagan de 1980. La tercera, el «Contrato con Estados Unidos» y la revolución de Gingrich de 1994.

observadores creíbles están de acuerdo en afirmar— de largas décadas de esfuerzos para reducir la supervisión bancaria y alentar la experimentación financiera. El tropezón de los bancos hundió rápidamente a la nación y al mundo en la peor recesión desde los años treinta. No era un bajón ordinario del ciclo de los negocios. Millones de estadounidenses, y muchos de sus bancos, se volvieron insolventes en cuestión de semanas. Dieciséis billones de dólares en riqueza familiar fueron incinerados en la pira que Wall Street había encendido. Y, sin embargo, cuando escribo esto la respuesta política más eficaz a estos acontecimientos es una campaña para bajar la regulación, para quitar a los empleados del gobierno el derecho a la negociación colectiva y poner freno al gasto federal.

Así pues, hagamos justicia a los rebeldes. Reconozcamos que el regreso conservador de los últimos años es, en efecto, algo único en la historia de los movimientos sociales estadounidenses: una conversión en masa a la teoría del libre comercio como respuesta a los tiempos difíciles. Antes de la crisis económica actual, yo nunca había oído hablar de que las víctimas de una recesión desarrollaran un gusto indiscriminado por la economía neoclásica o una hostilidad espontánea hacia las obras de Franklin Roosevelt. Antes de esta recesión, la gente que había sido engañada por los banqueros casi nunca aprovechó la ocasión para pedir que los bancos fueran liberados de los «trámites burocráticos» y la vigilancia de la ley. Antes de 2009, el hombre que vivía en la indigencia normalmente no lloraba por el hombre que se repanchingaba en su yate.

HABLA EL CONSENSO

Esta situación es aún más sorprendente cuando recordamos el clima de opinión que prevalecía en 2008. Después de que los desastres de la presidencia de George W. Bush hubieran culminado en la catástrofe de Wall Street, las figuras más destacadas del Consenso de Washington habían considerado que

el país viajaba en una nueva dirección. Habían visto esta película antes, y sabían cómo se suponía que se desarrollaba. Las cosas estaban cambiando. Largas décadas de reinado conservador estaban tocando a su fin. Una era de dominio liberal se acercaba. Éste era un mandato inequívoco de la historia, tan inconfundible como las gigantescas multitudes que se reunieron para oír hablar a Barack Obama durante los viajes de la campaña electoral. No se podía modificar este argumento, del mismo modo que no se pueden firmar cheques con una cuenta sin fondos.

Y por eso *The Strange Death of Republican America* [«La extraña muerte de los EE. UU. republicanos»], del veterano periodista Sidney Blumenthal, apareció en abril de 2008—incluso antes de la quiebra de Wall Street— anunciando que el «conservador radical» George W. Bush había convertido al GOP* «en un partido minoritario». ³ En noviembre, Sean Wilentz, el antiguo historiador de la «era Reagan», tomó las páginas del *U.S. News & World Report* para anunciar el «colapso» de esa era. El intelectual conservador Francis Fukuyama había dicho más o menos lo mismo en *Newsweek* el mes anterior. Ese portavoz del Consenso de Washington, que además es *político*, señalaba, en concreto, la desaparición de la palabra «desregulador», orgulloso término de la era Reagan que había sido herido de muerte por el derrumbamiento de (la muy desregulada) Wall Street. ⁴

El pensamiento que subyace detrás de todo esto era directamente el de causa y efecto. La crisis financiera de 2008 había desacreditado claramente las ideas con la firma «libre mercado» del movimiento conservador; la incompetencia y el escándalo político del Partido Republicano habían convertido en absurda su pose moral; y se suponía que el gusto del conservadurismo por la retórica estridente repugnaba a la nueva generación de votantes pospartidistas y posraciales. Además, estaba la evidente analogía histórica que en 2008 se encontraba en todas partes: acabábamos de pasar por una extraña repetición

* GOP: *Grand Old Party*, Partido Republicano. [N. de los T.]

del desastre financiero de 1929-1931, y ahora, murmuraban los expertos, el giro automático a la izquierda de 1932 estaba ahí mismo, con el recién elegido Barack Obama representando el papel de Franklin D. Roosevelt.

Para el Partido Republicano el guion aprobado por los expertos era éste: tenían que moderarse o enfrentarse a un largo período de irrelevancia. Y como no se daban los pasos prescritos, los sabios se prepararon para proclamarlo fuera del escenario. Cuando el comunicador radiofónico Rush Limbaugh fue noticia a principios de 2009 por desear que el entrante presidente Obama «fracasara», el antiguo redactor de discursos de Bush, David Frum, lo hizo callar en un artículo de portada del *Newsweek* muy discutido. Juzgado por los patrones de lo que vendría después, el deseo de Limbaugh suena extraño, incluso cortés; en el momento, sin embargo, pareció tan escandaloso que Frum describió esa retórica como la «kryptonita, que debía despertar al GOP a escala nacional». Las hablaturías venenosas podían entretener a los agoreros del partido, reconocía Frum, pero el precio de ir en esa dirección era la pérdida de las personas «cultas y solventes», que pensaban cada vez más «que el GOP se había vuelto demasiado extremista».

La extraña deriva del GOP hacia la autodestrucción era uno de los temas favoritos de los expertos. Cuando el antiguo vicepresidente Dick Cheney anunció que prefería las maneras de Limbaugh al camino de la moderación, el columnista de *The New York Times* Charles Blow se rio diciendo que Cheney estaba «en una misión política suicida. Y si su propio partido es un daño colateral, que lo sea». Cuando algunos conservadores propusieron un test para detectar y castigar la herejía entre los políticos republicanos, la columnista de *The Washington Post* Kathleen Parker lo calificó de «pacto suicida». El respetado analista político Stu Rothenberg concluía en abril de 2009 que «la posibilidad de que los republicanos logren el control de cualquiera de las dos cámaras en las elecciones de mitad del mandato presidencial es cero. No “cercana a cero”. Ni “escasa” o “pequeña”. Cero».⁵

¿EL CUBO DE LA BASURA? NO, GRACIAS

Lo que el mundo del pensamiento educado esperaba de los líderes de la derecha estadounidense era arrepentimiento. Suponían que los líderes conservadores estarían humillados por los desastres que le habían acontecido a su líder, George W. Bush; que los republicanos confesarían sus errores y se apresurarían hacia el centro político. El mundo esperaba contrición.

Lo que sucedió fue lo contrario, entregado a punta de bayoneta. En vez de acatar el nuevo límite de velocidad, los estrategas de la derecha pisaron el acelerador. En vez de virar hacia el centro, pusieron rumbo más decididamente hacia la derecha. En vez de buscar una forma de adaptación, se pusieron a buscar la pureza ideológica. En vez de elevar a los centristas que les quedaban a posiciones de poder, los purgaron.

Ahora bien, la idea de que los desastres de los años de Bush significaban el final para el conservadurismo era bastante razonable si se aceptaban las suposiciones que se pensaba que eran evidentes en aquellos días: cuando un grupo político metía la pata, la gente no lo votaba durante algún tiempo. Cuando los funcionarios elegidos vagabundeaban demasiado lejos por el campo de la ideología, alguna misteriosa fuerza de gravedad política siempre los empujaba de nuevo hacia el «centro». Y la cosa era así de simple. La derecha, bajo su amado líder, George W. Bush, se había desprestigiado; ahora le tocaba batear al otro equipo. Se suponía que las épocas políticas rodaban en ciclos de treinta años más o menos, y los treinta años del GOP habían terminado.

Que los republicanos pudieran buscar una salida a su difícil situación volviendo la espalda al centro y difundiendo una versión más concentrada de su credo no era, para el pensamiento convencional de aquellos días inocentes, una opción viable. Y también había ejemplos famosos para decirnos por qué. En 1983, por apelar a la analogía más cercana, el Partido Laborista británico había reaccionado al ascenso de

Margaret Thatcher convenciéndose de que lo que la gente quería realmente de ellos era una alternativa purificada e incluso más a la izquierda; la estrategia les ocasionó una dolorosa paliza electoral.

Lo que todos estos cálculos formales, geométricos, no tomaron en consideración fueron los contenidos de las ideas políticas en sí mismas. Los conservadores habían sido rechazados antes, se habían recuperado antes, y sabían que los votantes no juzgan una idea poniéndola en un gráfico y midiendo cuánto se desvía de la opinión aceptada en los círculos oficiales de Washington. Que los republicanos decidieran moverse a la «izquierda» o a la «derecha» era menos importante que la forma en que abordaban las catástrofes económicas a las que se enfrentaba el país. Y su ala más conservadora tenía una teoría coherente que contar al mundo. Dondequiera que miraras, declaraban, veías una batalla colosal entre la gente corriente y las «élites» que querían eliminar las libertades. Los enormes rescates que siguieron a la crisis financiera, decían, eran una prueba de la intención tanto del gobierno como de Wall Street acerca de nuestros ahorros. La regulación era meramente una conspiración de los grandes contra los pequeños. Por eso, mientras un lado se cruzaba de brazos y esperaba que las oleadas místicas de la historia resolvieran las cosas, los conservadores actuaban. Profundizaron en su propia tradición y encontraron una manera de aprovechar las oportunidades que ofrecían los tiempos difíciles.

En vez de reconocer que eran ellos los que durante treinta años habían estado al mando, declararon que, en realidad, nunca habían conseguido alcanzar una posición de dominio. Los verdaderos creyentes nunca habían estado realmente a cargo de la situación, el «dominio conservador» nunca existió en realidad, y, por tanto, los desastrosos acontecimientos de los últimos años no arrojaban ningún descrédito sobre las ideas que eran conservadoras. La solución no era reconsiderar el dogma conservador, sino redoblar esfuerzos, trabajar todavía más enérgicamente por la utopía del no intervencionismo.

No obstante, el idealismo puro de este tipo es inusual en la política estadounidense, y los hombres hastiados de los comentaristas políticos se cruzaban de brazos a esperar que el sistema castigara a los incorregibles, que la atracción magnética del «centro» obrara su magia correctora. Pero esta vez los dioses no intervinieron de la manera habitual. En 2010, un Partido Republicano radicalizado obtuvo su mayor victoria en las elecciones al Congreso en muchas décadas.

LITTLE MAN, ¿Y AHORA QUÉ?

¿Qué sucedió? La explicación más sencilla de la reaparición conservadora es que en los tiempos difíciles la gente arremete contra quienquiera que esté en el poder. En 2010, sucedía que eran los demócratas. Por tanto, sus rivales organizaron la reaparición. Pero seguramente los dos partidos no son simplemente intercambiables, como Coca-Cola y Pepsi. Pueden controlar su destino en algún grado, para diferenciarse el uno del otro. Además, la historia nos ofrece bastantes ejemplos del sentir popular moviéndose consecuentemente en una dirección particular para mostrar que no siempre tiene por qué andar dando tumbos de un extremo al otro sin un rumbo claro.

Otra opinión ampliamente sostenida atribuye el resurgimiento conservador al racismo blanco, que se supone que ha sido provocado hasta el límite por la elección de un presidente negro. En efecto, se pueden señalar algunos estallidos espectaculares de intolerancia dirigidos contra el presidente y su partido. Pero el prejuicio individual y unos cuantos improprios no pueden bastar para acusar a un movimiento entero, independientemente de lo repugnantes que nos parezcan esos prejuicios y esos insultos. Al margen de los temores raciales que algunos partidistas guarden en lo más profundo de su corazón, el nuevo conservadurismo no genera sistemáticamente declaraciones o políticas racistas, y sus líderes se esfuerzan por manifestarse en el lenguaje educado de la diversidad.⁶

Sin embargo, otros comentaristas tratan de explicar la reactivación de la derecha indicando de qué manera han utilizado internet, igual que hizo Barack Obama en otro tiempo. Los conservadores usan la red para reclutar seguidores; bloguean como locos; están todos en Twitter con sus *tweets* llenos de rabia. Desde este punto de vista, el mensaje no es nada, y el medio lo es todo, y probablemente se podría conseguir que el mismo rey Jorge III fuera elegido si tuviera una página de internet con un aspecto lo suficientemente fascinante como para conseguir el clickeo interactivo necesario.

Las viejas maneras de pensar sobre el conservadurismo se han demostrado igualmente insatisfactorias en la nueva situación. Durante años, fue posible interpretar la reactivación del no intervencionismo de las últimas décadas teniendo en cuenta las diversas formas de mistificación que siempre rodeaban el debate, especialmente, las llamadas «guerras culturales». Desde los años setenta hasta los años de George W. Bush, las grandes cuestiones económicas no se resolvieron mediante la discusión abierta o los eslóganes del año electoral, sino mediante el consenso de los expertos políticos de Washington, mientras el público se peleaba por el aborto y la teoría de la evolución.

Pero el florecimiento conservador que tiene lugar a partir de 2009 es diferente. Por primera vez en décadas, la derecha quiere abrir el gran debate. La niebla de los conflictos culturales entre conservadurismo y progresismo se ha esfumado temporalmente. Si uno se apunta al foro de discusión *online* mantenido por la Tea Party Patriots, una de las principales organizaciones de la derecha resucitada, verá una advertencia que dice: «No está permitida ninguna discusión sobre cuestiones sociales»; los participantes deben limitarse a los temas de «gobierno limitado, responsabilidad fiscal y mercados libres». El manifiesto del movimiento conservador para 2010, el «Contrato con Estados Unidos», no mencionaba ni una sola de las cuestiones que habían sido objeto de debate en las décadas anteriores. Cuando *The Washington Post* llevó a cabo una

encuesta entre casi todos los grupos del Tea Party de la nación, descubrió que «las cuestiones sociales, como el derecho al matrimonio entre personas del mismo sexo y el derecho al aborto, no se registraban como preocupaciones». ⁷ Y aunque he asistido a algunos mítines del Tea Party durante los últimos años, nunca he visto un lema antiabortista en una pancarta ni he oído una consigna de ese tipo procedente del estrado.*

Esto no significa que la derecha lleve a cabo su tarea renunciando a la confusión o al desconcierto. Es justo lo contrario: al defender el «capitalismo», los líderes del levantamiento conservador más reciente no se preocupan de veras por el capitalismo realmente existente en los últimos años, aunque los hechos concretos del capitalismo hayan posibilitado titulares espeluznantes en las primeras páginas de todos los periódicos del país. Generalmente, no hablan de los seguros de impago de deuda [los CD, por sus siglas en inglés] ni de los triunfos desreguladores que los hacen tan destructivos. No tienen demasiado que decir sobre el enorme vertido de petróleo en el Golfo de México —una de las noticias que compartían las primeras páginas con la victoria de los conservadores en las primarias durante todo el verano de 2010— ni sobre el «caso de las ejecuciones hipotecarias», la revelación unos meses después de que los bancos habían atajado todo tipo de esfuerzos jurídicos a fin de poder echar de sus casas lo antes posible a los prestatarios que no pagaban.

En cambio, la batalla se lleva a cabo en un plano puramente abstracto. La economía ha llegado a ser el último punto a tratar en los enfrentamientos entre progresistas y conservadores.

* De los cientos de pancartas de protesta del Tea Party fotografiadas, seleccionadas y publicadas por los conservadores para el libro ilustrado sobre el Tea Party de 2010, *Don't Tread on Us*, sólo dos tienen relación con el aborto. Por contraste, hay por lo menos un centenar que sugieren que el presidente Obama u otros demócratas son comunistas o socialistas. Véase Mark Karis (ed.), *Don't Tread on Us: Signs of a 21st Century Political Awakening* [No nos aplasten: Signos de un despertar político del siglo XXI], WND Books, Los Angeles, 2010.

Según la derecha más nueva, la cuestión es la libertad, no las actividades de los prestamistas considerados de alto riesgo o las formas en que las agencias de calificación de riesgos actuaron en el curso de la última década. Detalles como éstos pueden haber quebrado la economía, pero para la derecha renovada son casi completamente irrelevantes. Lo que importa es la disposición de un político que se inclina hacia el libre mercado y, por extensión, hacia la gente corriente del país, cuyo vicario fiel es el mercado.

Ahora bien, no hay nada realmente nuevo en la idea de que los mercados libres son la esencia misma de la libertad. Lo que es nuevo es la glorificación de esta idea en el preciso momento en que la teoría del libre mercado ha demostrado ser una filosofía de ruina y de fraude. El resurgimiento de la derecha es tan extraordinario como lo sería que el público hubiera demandado docenas de nuevas plantas de energía nuclear los días posteriores al desastre de Three Mile Island, o hubiera reaccionado al Watergate haciendo de Richard Nixon un héroe nacional.

Así pues, la disyuntiva que hace que en este espectáculo parezca que los espectadores asumen naturalmente las motivaciones de la derecha más nueva debe de estar en otra parte, como hemos señalado. Las posiciones del movimiento guardan tan poca relación con la realidad vivida que, en ocasiones, los observadores sienten que no es necesario prestar la menor atención a sus afirmaciones.

Pero esto es un error. Si deseamos comprender el último triunfo derechista, debemos empezar por tomar en serio lo que la derecha dice realmente en sus mítines, imprime en sus carteles y grita desde sus tribunas. Debemos andar con tiento por la maraña de sueños de conspiración y fantasías ultraliberales que componen el renacimiento de la derecha. Y, por supuesto, debemos leer los textos conservadores: las palabras de los periodistas politizados de la televisión, las frases pomposas de los que hablan por la radio, la retórica del fin del mundo que se observa en los miembros del Tea Party.

Éste es un libro que trata de explicar el conservadurismo de los tiempos difíciles, que intenta comprender el entusiasmo por un orden económico del «todo vale» que persiste a pesar de todos los fracasos y catástrofes de quiebras bancarias que nuestros esfuerzos anteriores por lograr un acuerdo nos han infligido.

El capitalismo de libre mercado no es el tipo de sistema por el que la gente se reúne en las calles, ni siquiera en tiempos de prosperidad. Que lo hicieran en los meses posteriores a que la parte más libre del mercado arrojara a tantos de sus conciudadanos al basurero del desempleo y la bancarrota nos dice mucho sobre una auténtica y extraña indignación, sobre una imperiosa necesidad de levantar la voz.

Nos dice también mucho sobre la manera en que la derecha resurgente ha capitalizado la angustia de la nación para crear un movimiento de protesta que prácticamente promete empeorar la angustia. Ésta es la historia de una estafa que con el tiempo traerá consecuencias terribles. Y aunque parezca extraño decirlo, la derecha más nueva ha encontrado el camino hacia sus objetivos no sólo mediante el engaño —aunque haya habido mucho de eso—, sino también ofreciendo un idealismo tan poderoso que nubla la percepción de la realidad de sus partidarios.

Ahora bien, construir una realidad alternativa colocaría normalmente a un movimiento político en una profunda desventaja. Pero aquí es diferente. La derecha renacida ha tenido éxito *debido a* su idealismo, no a pesar de él; porque el idealismo es precisamente el gran sentido que está buscando nuestro hundido panorama económico.

George Orwell afirmó célebremente que en términos políticos el sentido común no resultaba de mayor utilidad. Personas que en otros ámbitos de su vida se conducen con una lógica racional y coherente, en política albergan conceptos contradictorios sin advertirlo y se guían por prejuicios y pasiones que muchas veces desembocan directamente en el fanatismo. En *Pobres magnates*, Thomas Frank explora con una impresionante lucidez un fenómeno que parecería desafiar toda lógica común: cómo la derecha norteamericana logró dar la vuelta a la mayor crisis financiera desde la Depresión de 1929 para convencernos de que las corporaciones que la ocasionaron, en especial, Wall Street, en realidad eran sus principales víctimas. Así, en lugar de que la crisis llevara a cuestionar el fanatismo de mercado y la desregulación financiera que permitió –una vez más– que las ganancias millonarias fueran privadas mientras las pérdidas se socializaban, el 1% que detenta la mayoría de la riqueza salió más fortalecido que nunca, con el inexplicable apoyo de buena parte del 99% desfavorecido.

En este momento de crisis económica generalizada en Occidente, en el que los ciudadanos europeos de varias generaciones tendrán que pagar los rescates bancarios, *Pobres magnates* es una guía inmejorable para entender el inmenso poder y el avance electoral del populismo de derechas. En ese sentido, como demuestra Thomas Frank, el primer enemigo a vencer para cambiar la situación nos mira cada mañana desde el otro lado del espejo.

«Nadie engaña a Thomas Frank, que es el comentarista político más agudo, más divertido e intelectualmente más voraz de la escena. En *Pobres magnates* ha escrito una brillante exposición de la estratagema más impresionante de la historia política de Estados Unidos: cómo la derecha convirtió el mayor colapso capitalista desde 1929 en una oportunidad para ella».

BARBARA EHRENREICH

«Frank es uno de los mejores escritores de izquierdas que ha dado Estados Unidos».

NICK COHEN, *The Observer*



sextopisorealidades

